

Pasión por contar

Elena Escura
Directora y guionista cinematográfica

La verdad es que no sabía bien desde donde enfocar este artículo, desde dónde escribirlo. Creo que soy más guionista que directora, aunque considero que, en ambos campos, estoy aprendiendo. Y es que, ¿cuándo consideras que sabes sobre algo? Yo diría que cuando puedes enfrentarte a ese algo con bastante seguridad, con aplomo, con (incluso) cierto grado de calma. Cuando no eres un manojo de nervios y sabes, al menos una gran parte del tiempo, lo que hay que hacer.

Todavía no me encuentro en ese punto. Sin embargo, por momentos empiezo a entender que es posible llegar.

Recientemente, he tenido la oportunidad de dirigir un cortometraje. Se llama *Escala en Madrid*. Aunque es mi tercer trabajo como directora, es la primera vez que he trabajado a un nivel, digamos, *profesional*. Mis otros dos trabajos (*Caldo de gallina*, *Azafrán*) fueron proyectos de muy bajo presupuesto, proyectos que se convirtieron en películas gracias al esfuerzo desinteresado de amigos y *kamikazes* del cine que decidieron amablemente dejarse la piel en los rodajes. No puedo decir que no fueran profesionales, y es que, en mi opinión, la palabra profesionalidad encierra algo de abstracción. Cuando digo que mi tercer cortometraje fue profesional, me refiero a que un buen día vi el título de mi guión en la página de Resolución de Ayudas a Proyectos de Cortometraje del BOE. Me refiero a tiempo de preproducción, a medios técnicos, a un control calculado de los tiempos de rodaje, a equipo de eléctricos. En resumen, me refiero a un colchón de seguridad. A una productora, a un equipo que vela por ti durante todo el viaje para que, si te caes, puedas volverte a levantarte.

DOI: <http://dx.doi.org/10.6035/2174-0992.2015.10.13>

En los dos primeros cortos que dirigí, no tenía ese colchón, ni esa red de medios. Ni yo ni nadie del equipo. En los cortos guerrilla, todos velamos por todos, y esto no significa que no haya gente muy válida y con mucho talento en el equipo. En el caso de *Azafrán*, reproduje, busqué localizaciones, presupuesté, ensayé con los actores, reescribí el guión tres veces. Cuando llegó el rodaje, faltaba todavía muchísimo por hacer. Pero, sobre todo, faltaba el trabajo de dirección, para el que no había tenido tiempo. Es muy complicado centrarte únicamente en tu trabajo cuando todo es un engranaje y algunas piezas no están bien engrasadas. Un rodaje —no diré profesional— con medios es un rodaje en el que ese engranaje permanece engrasado, permite que haya más personal, una suma más grande de años de experiencia, un mecanismo que funciona solo. Al final, ese mecanismo permite que todos puedan dedicarse a su trabajo. Y eso es oro en polvo.

Al margen de todo esto, hay una conclusión que cada vez veo más clara, independientemente de si se trata de un rodaje guerrilla o no, y son las ganas de contar. Cuando hay ganas de contar algo, cuando, de verdad, hay ganas de cine, creo que la magia hace su efecto. La pasión y las ganas de contar son el motor de cualquier proyecto; de eso estoy muy segura.

En *Escala en Madrid*, me reafirmé en mis ganas de contar la historia en múltiples ocasiones. Nunca dejé de querer contarla. Cuando puse punto y final a la versión tres del guión, decidí que lo iba a presentar a una productora. Que esta vez, si podía, quería probar eso de un *rodaje con pasta*. Y entonces me embarqué en el interminable viacrucis de preparar la carpeta para presentarla a subvenciones: redactar memorias, solicitar cartas de interés a agencias de actores, buscar referencias visuales, corregir, redactar de nuevo. En fin, todo lo que estuviere en mi mano para convertir el proyecto en algo que brillase entre docenas de proyectos de cortometrajes.

En esta fase del proyecto, las ganas de contar jugaron un papel primordial. Aunque recibiera puntuales silencios de la productora, aunque descubriese que el *deadline* era en cuatro días y faltaba completar medio dossier, me aferré a esas ganas de contar mi historia y seguí contactando a gente y redactando cartas. En algunos momentos me venía abajo, pensaba que era la única persona que estaba tirando del proyecto.

Y es que así era. Quien anda detrás de su sueño es el director, no la productora. La productora está pendiente y soluciona problemas (y aunque suene extraño: cuando llega el dinero, es un alivio dejarlo en manos de ella y olvidarse), pero probablemente no sienta la pasión del guionista o el director.

Durante la preproducción de *Escala en Madrid* aprendí que dirigir es, sobre todo, comunicar. Cuanto mejor expliques la película que está en tu cabeza, mejor van a poder hacer su trabajo los demás. También aprendí que nunca hay que dar nada por sentado, que hay que explicar, actualizar y re actualizar. No hay que saber de todo, hay que saber qué quieres.

Aún así, el rodaje fueron tres días de nervios. Eso fue inevitable. Pero recuerdo que la primera vez que Eva, directora de foto, y yo nos pusimos detrás del monitor y me sonrió, supe que iba a poder saborear el placer de construir una película. Tener un buen ayudante de dirección es algo así como quitarte una mochila de unos ochenta kilos de encima, saber que hay un jefe, una figura que controla absolutamente todos los sectores del set.

Ahora mismo estamos en plena fase de postproducción. Al haber recibido una subvención del ICAA, debemos entregar el producto final en una fecha determinada. A partir de ese momento, entraremos en la fase de distribución, que consiste en introducir el corto en el circuito de festivales nacional e internacional.

Si se dispone de cierto capital para la distribución creo que lo más interesante es contratar una agencia de distribución. Ellos saben dónde enviar el corto y saben por qué enviarlo a un festival y no a otro. Son (maldito el término) *profesionales* en ese campo.

Supongo que el hecho de disponer de cierto capital en esta fase puede facilitar las cosas. Con *Caldo de gallina*, me encargué directamente de la distribución. Lo inscribí a cuatro o cinco plataformas de distribución. Los que han tenido que resignarse a esto conocen bien el pequeño infierno que es inscribir su película en cada plataforma: rellenar formularios, subir la película, adjuntar fotografías, fotogramas, cartel de la película, currículums, biofilmografías, historial de la película, subtítulos en inglés, en francés, en italiano...

Una vez pasada esta fase, comencé a inscribirlo en festivales. La conclusión que saqué sobre realizar esta fase siguiendo el modo guerrillero es que es un proceso caro, laborioso, y en el que hay que estar al día constantemente. Pero claro, tu primer corto es tu hijo, ha visto la luz y quieres mostrárselo a todo el mundo. Por eso, lo inscribes en el Festival de San Sebastián, en el de Berlín y en Cannes aunque tengan tasas de inscripción desorbitadas. Aquí entran en juego ya no las ganas de contar pero sí las ganas de enseñar, de proyectar tu película en todos los sitios donde sea posible. De nuevo, la pasión es lo que creo que hace que no desfallezcamos, que continuemos e inscribamos a todo festival posible durante los dos años que dura el proceso de distribución.

En el caso de *Escala en Madrid*, estoy a la expectativa sobre esta fase. También he llegado a aprender que los cortometrajes son un producto que mucha gente considera una carta de presentación, un paso previo inevitable para el salto al largometraje. Sin embargo, me parece interesante reivindicar el papel del cortometraje como obra en sí, como formato que permite, exclusivamente, contar historias de cierta forma. Por eso mismo, quizás, hay que arriesgar, ser valiente, romper las reglas y experimentar todo lo posible. Y sin perder la pasión, claro.

Referencia de este artículo

Escura, Elena (2015). Pasión por contar. En: *adComunica. Revista Científica de Estrategias, Tendencias e Innovación en Comunicación*, nº10. Castellón: Asociación para el Desarrollo de la Comunicación adComunica, Universidad Complutense de Madrid y Universitat Jaume I, 173-176. DOI: <http://dx.doi.org/10.6035/2174-0992.2015.10.13>.